

# Generosidad hecha mujer: Lilia Ramos

Jorge Vega Rodríguez

Lilia Ramos, nuestra Lilia que hemos aprendido a querer, la maestra de toda una generación, la purista de nuestro idioma, la mujer que se impone por su impetuosa, rectitud y sapiencia, es la concentración más acendrada de la generosidad. Siempre ofreciendo sus enseñanzas magistrales, sus frutos de plena cultura humanística, señalando caminos, tanto a simples principiantes como a "soi-disant" ilustres escritores. Y si en pedagogía, psicología, tiene conquistado sitio, no le viene a la zaga hasta superar, la práctica de la generosidad, su generosidad ilimitada, sin esperar retribución, excepto a los "estériles monaguillos de la ortodoxia" que dijera Carlos Fuentes.

Su último libro "Fulgores en mi ocaso" debiera sustituirse por "Fulgores en mi lontananza", porque ella nunca se acaba, nunca debe sentirse finalizada, nunca se derrite en carcomido arcón antañón. Lo añejo, lo abúlico no existe en ella. Siempre alegre, entusiasta, decidora, plena de ese "ángel" que colma con bienes no terrenales. ¡Y así deseamos que sea por siempre!

Este libro desnuda vidas no para mostrar podredumbres o tortuosidades, sino un vislumbre de piedras preciosas escondidas en camino de comprensión y afecto del más puro. Su inmersión es inspiración, baño de claridades, con una madurez de pensamiento que sólo se permite a los selectos. Retrotrae su savia de jovencita ya dádiosa, responsable, peleando su porvenir hasta con su nombre primitivo de Jacoba por sonarle a antigualla. Surge el germen de la maestra para caer bajo el hado sapiente de don Carlos Gagini, la influencia más determinante en su formación académica.

De ahí arranca la buscadora de gentes con dones internos desconocidos. Por algo estudia psicología y pedagogía. Adquiere la difícil costumbre de saber clasificar, escoger adecuadamente y así poder formar biblioteca de libros iluminados, álbumes de personas meritorias, conglomerado de amigos que siguen el principio de Sófocles de no prescindir nunca de ellos. Ya en plena madurez inicia movimientos en pro de la cultura, de la niñez, editora de libros selectos, sin importarle un adarme los transeúntes desteñidos o los mediocres egoístas.

Edita sus libros y ayuda a la edición de los otros -como en mi caso- haciendo sentirse importante a éstos, incitando al estudio, al buen escribir, para lanzarlos al despenadero de la literatura o del arte, del sólido conocimiento sin temores ni sonrojos. Prohíja reuniones, preside ateneos, alienta a indolentes. En justicia, que sirve para reparar una injusticia, debiera instituirse "Premio Lilia Ramos", no para los consagrados sino para los que se inician temerosos, para los que necesitan estímulo creador, acicate proyector.

Este bello libro enmarcado en una bella edición es anecdótico, autobiográfico, colmado de arte, ilustrativo, pero por sobre todo está tan bien escrito, es tan sincero y emotivo, que toda persona que transite por los vericuetos del idioma tan lleno de pifias, de dobles acepciones, verbos irregulares, debe tenerlo a su alcance. Las anécdotas bullen graciosas, gráciles, episodios personales adornados con interés humano, enseñanzas de alto coturno, pero emergiendo Lilia, la maestra de toda una generación. Es tan indubitable este libro que deberá ser consultado forzosamente cuando se escriba

algo sobre los cien personajes aludidos.

Cual moderno Baedeker debe ilustrar bibliotecas de verdaderos conocedores de seres humanos interesantes, de bullentes ideas, del buen decir y escribir. Se remonta desde reuniones casi provincianas alrededor del Parque Morazán hasta las estribaciones del Hudson, del Mar de Plata, del Sena, de las planicies mexicanas, las arideces castellanas para decir plácidamente: "Suelo darme a evocaciones y en ellas siempre van adquiriendo relieve especial los seres que, en una o en otra forma, me han enriquecido con sus tesoros espirituales". Y modestamente no dice su siembra de simiente que ha dado grávidos frutos. He aquí algunos de ellos: "...La creación de Alfredo Cardona Peña es tan formidable -tamaño y superioridad- que tiene derecho a la monografía de un erudito". Más adelante sobre Juan Manuel Sánchez, nuestro insustituible Indio Sánchez - cariñosamente exclama: "...pues Juan Manuel no otorga categoría a su biografía... este Indio tiene ojos y sonrisas hablantes y humorismo sutil... La obra de Rodin es un canto de amor... y la de Juan Manuel es una invitación al meditar fecundo". Sobre Max Jiménez grita con énfasis: "...me subyuga su majestad y su alma evidente en cada gesto... sus ojos enormes, saltones, repletos de melancolías y horizontes... niño inmenso en busca de amor acendrado... quiere darse íntegro y anhela reciprocidad... "Pero vuelca su afecto y admiración en Yolanda Oreamuno "...en el torbellino de sombrías remembranzas, el martirio del Santo, con una sola herida es menos flébil que la del torso vulnerado de Yolanda...". Externa cálida amistad, intenso reconocimiento humanístico a Pepe Acuña -el profe-

sor José Basileo Acuña- "La elevadísima calidad humana de mi amigo, me conmueve tanto como su honradez y modestia": Eleva amistoso cántico sobre Julieta Pinto "...ecuanime, íntegra, sencilla, estoica, acorada en el martirio. Valiente y definida en las luchas del labrantío social". Llena de amabilidad sentimental sobre Daniel Gallegos "...A menudo pienso en su bondad y estimo que debe atenuarla: le cuesta mucho aceptar la malevolencia de algunos colegas". De nuestro entrañable amigo Constantino Urcuyo Gallegos irrumpe: "... Luego el goce aumenta al descubrir en él a un solidario universal, pulcro en todas las acepciones de la voz. Un ser íntegramente..."

He leído con "saudade" como dice Lilia lo que dice sobre estos compatriotas, sin alcanzar a todos por falta de espacio. Pero ella es cosmopolita, cálido venero de exquisiteces, se lanza a foráneos, como Juana de Ibarbourou, la Juana de América con estas primicias "...No advierto anomalías sobre la conducta de Juana. Es sociable, gentilísima, espontánea, servicial y consistente en situaciones que lo demanden". Pero en esta admirable y admirada Sylvia Puentes de Oyenard, la alondra uruguaya, sus remembranzas se mezclan con un afecto muy puro: "...De inmediato Sylvia conquista lo mejor de cada allegado para guardárselo eternamente: por su benevolencia, comprensión y sabiduría. Es una humanista de primer rango...". Y sobre este pobre fraile que hoy llena estas cuartillas, derrama su generosidad ingenta que me obliga a profesarle, aparte de especial afecto, una gratitud, esa virtud que al decir de Cicerón es la engendradora de todas las demás virtudes.